

viveres, ni dieran un paso fuera de las trincheras sino en el caso que él lo ordenara, citando varios ejemplos en que imprudencias semejantes habian producido fatales resultados.

En el momento en que hablaba con el cura Matamoros se oyó á lo lejos un cañonazo seguido de otros varios que produjo en todos, menos en él, ese movimiento involuntario que sienten hasta los mas intrépidos cuando se inicia una batalla. Morelos exclamó riéndose:

—Se conoce que trae prisa el amigo Calleja. Mejor que mejor, así mas pronto quedará dilucidado el punto. Compañeros queridos, hijos míos, á sus trincheras, que Dios disponga lo que ha de ser de nosotros. ¡Viva la Independencia!

—¡Viva! contestaron todos, lanzándose á la carrera á ocupar sus puntos.

CAPITULO XXI

EN MIES AGENA

Ahora tenemos que volver a Guadalajara al lado de Margarita mientras se quedan frente á frente los dos genios de la guerra de aquella época, Calleja y Morelos, el uno lleno de recursos, mientras que el otro no contaba mas que con los de su imaginacion y su entusiasmo.

Cruz seguia gobernando en Guadalajara y lo hacia bien al decir de las crónicas sencillas de aquellos tiempos. En no teniendo que ver nada con los insurgentes, á los cuales aborrecia de muerte y les habia jurado exterminio, era un hombre bastante tratable y acertado en algunas de sus disposiciones. Por supuesto que tenia que ser arbitrario como lo eran todos los mandarines de aquellos tiempos; pero en su gobierno llegó á usar de rarezas que lo hicieron célebre. Por

ejemplo, gustaba mucho de dejar su capa en medio de alguna de las calles mas apartadas, de noche ó de día, y volver á las veinticuatro horas y encontrarla en el mismo sitio. Todos sabian esto, conocian la capa del gobernador y no la tocaban, entreteniéndose los inclinados á lo ageno en desplumar á otros que llevaban capas puestas ó en saçarse con ganchos cuanto podian por las ventanas de las casas; pero Cruz escribia al virey diciéndole que de tal modo estaba asegurada la tranquilidad, la seguridad, la benignidad entre los habitantes de la capital de su provincia, que así podian dejarse tesoros tirados en la calle, nadie se atrevia á tocarlos y antes bien se apresuraban á poner en conocimiento de la autoridad que allí estaba aquello abandonado para que lo recogiera.

Ahorcando ahora á uno, mañana á otro, y sobre todo, fusilando insurgentes ó sospechosos de insurgencia por centenares, D. José de la Cruz habia planteado un sistema de terror muy suyo, con el cual habia conseguido que en todo el territorio de su mando no se moviera ni una mosca sin su orden.

Era el único en todo caso que vivia muy á sus anchas, porque era el único que no tenia miedo á las excentricidades, á veces muy pesadas, del general D. José de la Cruz. Ni el mismo cabildo eclesiástico se habia escapado de que el tiranuelo aquel le jugara una broma. Era muy amable D. José, eso es muy cierto, en los días en que estaba de buenas; pero cuando amanecía con el gorro de lado bien podian componerse todos, porque no se la perdonaba ni al

lucero del alba. Si habian caido en la cárcel dos ó tres ladroncillos, aunque fueran rateros, los mandaba arcabucear sin remision; si la audiencia detenia algun negocio cuyo despacho tuviera recomendado, mandaba llamar á los oidores y les echaba una peluca; si los canónigos meneaban mucho las campanas ó no mandaban barrer el frente de sus iglesias ó hacian cualquiera pequeñez que desagradara á su Excelencia, iba como un relámpago y los ponía verdes. Pero aparte de todo esto, que pudiera llamarse de carácter público, Cruz gustaba tambien de mezclarse en los asuntos privados de las familias; de modo que no era raro verlo presentarse en una casa pretendiendo arreglar un matrimonio desavenido ó á punto de desavenirse, como no era raro tampoco que se apareciera á la cabecera de un moribundo para exigirle el reconocimiento de un hijo extraviado é impedirle que dejara todos sus bienes á la Iglesia con perjuicio de sus legítimos herederos. Esto es, Cruz profesaba el principio de que los gobernantes tenian el deber de administrar justicia seca, en su casa y fuera de su casa, segun las nociones muy atrasadas que se tenian entonces de la justicia, lo cual daba por resultado que el gefe del Estado andaba muchas veces metido en asuntos que no eran de su incumbencia.

Respecto de Margarita no podia ser tan extraño ese entremetimiento, toda vez que él la habia sacado de la prision para colocarla como hija en la casa de un particular, y hasta cierto punto se creia en conciencia obligado á estar pidiendo noticias de ella y hasta con

derecho para establecerla convenientemente como sucesor de Hidalgo y Calleja en el cuidado de la huérfana; así es que el lector no se sorprenderá si le decimos que el día menos pensado el general Cruz se dejó ver en la casa de los Mercado, donde según sabemos se encontraba viviendo la novia del coronel Rafael Fuentes en Guadalajara.

Una bomba de á placa no hubiera hecho mayor efecto en aquella familia que se quedó azorada y falta de conocimiento luego que un criado anunció que allí estaba su Excelencia el gobernador.

—Sal tú, decía la madre.

—Que yo no puedo salir, decía la hija.

—A ver quien recibe al general Cruz, gritaba el padre que no encontraba su levita.

Y todo se había vuelto un barullo que empezaba á dejarse percibir del visitante. Un segundo mas y el volcánico Cruz toma la resolución de largarse ó de entrar sin miramiento hasta donde se encontrara la familia; pero afortunadamente Margarita, que era la mas serena en todas circunstancias, sobre que tanto había aprendido ya en los pocos años que contaba, se informó apresuradamente de lo que significaba todo aquello y sin detenerse á darse cuando menos un vistazo al espejo, como hacen todas las mujeres cuando reciben visitas, corrió al corredor en donde estaba Cruz esperando á que volviera el criado para ser introducido á la sala. Margarita, pues, fué la que se presentó allí y á la que le tocó hacer los honores al general. Este desarrugó el ceño que comenzaba á

plegarse de un modo amenazador y casi se consideró satisfecho de ver delante de sí aquella hermosura. El no había visto mas que una vez á Margarita, por cierto muy mal vestida y muy mal tratada, cuando la sacó de la cárcel, de suerte que era imposible que se imaginara que la que tenia delante era la misma prisionera de Calleja.

—Y el padre de usted? la preguntó Cruz luego que hubo ocupado un asiento en el estrado.

—No lo tengo, señor. Vuestra Excelencia sabe que soy huérfana, contestó la jóven suspirando.

—¡Cómo! Entonces usted es. . .

—Margarita.

—Pues imposible que la hubiera reconocido estando ahora tan cambiada, en traje, en fisonomía y en todo.

—Por lo cual aprovecho la oportunidad para dar á vuestra Excelencia otra vez las gracias por su generosidad y por su hidalguía.

—Por su justicia, habrá querido decir usted, niña.

—Por las tres cosas juntas, señor.

Cruz alzó los ojos á verla, y él que era tan llano con todos, comenzó á sentirse turbado delante de aquella jóven, que parecía poseer una inteligencia superior, viniendo á salvarle de una situación casi embarazosa, la presencia de la familia que se apareció en grupo en la sala. Iban á la cabeza D. Aniceto y Doña Catarina, siguiéndoles á pocos pasos Anselmo, Leonora y Carolina.

—¿Me retiro? preguntó Margarita después que todos hubieron saludado con mas ó menos cortedad.

—De ningún modo, se apresuró á decir Cruz, pues que usted es casi el objeto de mi visita.

—Ella puede decir..... exclamó como atragantándose Doña Catarina.

—Si me es permitido.....

—Por supuesto, contestó Cruz, hable usted, niña.

—No tengo mas que elogios y bendiciones para esta santa familia que me ha colmado de cariño y de bienestar, mitigando á fuerza de su buen trato mis profundos padecimientos.

Don Aniceto se puso colorado y los demás respiraron con todos sus pulmones en señal de sentirse satisfechos.

—Muy bien, se apresuró á decir Cruz, quiere decir que tuvo buen ojo para escoger la casa, y eso cuando apenas acababa de llegar á la ciudad.

—Repito á vuestra Excelencia que le estoy tan reconocida por sus beneficios, que si fuera necesario hacer el sacrificio de mi vida por vuestra Excelencia, con gusto se la sacrificaría, lo mismo que cuanto soy y cuanto valgo.

—Bien, bien; ahora será preciso tratar del establecimiento de esta señorita, continuó diciendo Cruz, al mismo tiempo que clavaba en ella los ojos.

Estas palabras cayeron como bomba en la concurrencia. Anselmo se estremeció y se puso de diversos colores: Doña Catarina abrió la boca como para decir algo; D. Anselmo paseó una mirada de investigacion entre la familia como si no hubiera entendido de lo que se trataba; las dos hermanas se cambiaron una

mirada de inteligencia y la huérfana se puso á temblar como una azogada; pero entre todos no habia uno que se atreviera á pronunciar la mitad de una frase.

Pasados unos instantes continuó diciendo Cruz, despues de cruzar una pierna sobre la otra con desembarazo de gobernante:

—Decia que ya que hemos tomado en nuestras manos los destinos de esta jóven que no tiene padres, estamos en el deber de procurar establecerla convenientemente.

—Sé que mi madre vive, se apresuró á decir Margarita.

—Es verdad, corroboró Doña Catarina, el cura Hidalgo se lo ha hecho saber en una carta que le escribió momentos antes de subir al patíbulo.

—¿Sí? preguntó Cruz abriendo desmesuradamente los ojos, pues que á la vez le sorprendió que el cura se ocupara en tales momentos de escribir cartas, y de que siendo él el primer gobernante de aquella tierra fuera el último que lo supiera. ¿Hay una carta del cura Hidalgo?

Todos le confirmaron la noticia.

—Pues necesito ver esa carta.

Margarita sin vacilar se levantó del estrado, pidió permiso de ausentarse por un momento y corrió á traer la carta de su padrino.

—Es singular! murmuró el general Cruz, yo ignoraba todo esto que aqui se dice.

—Todos lo ignorábamos, dijo también D. Aniceto por decir algo.

—Pero es que yo debía saberlo, porque á un gobernante no debe hacerse misterio de nada.

—Y no lo hemos hecho cuando se ha ofrecido, se apresuró á contestar Margarita, Vuestra Excelencia ha visto que ha bastado su primera indicación para que se le ponga al corriente de todo.

—¿Y quien ese Rafael de que se habla en esta carta?

—Un joven estudiante de Valladolid á quien protegió mucho el cura Hidalgo por ser hijo de un coronel que lo acompañaba y nieto del mayordomo de aquel convento en que pasé mis primeros años.

Cruz daba vueltas á la carta en sus manos sin saber qué partido tomar ante aquel inesperado incidente.

Después de estar cavilando un largo rato, en que todos estuvieron pendientes de sus labios esperando que saliera de allí la sentencia definitiva, dijo con tono reposado:

—Pues bien; lo primero que tenemos que hacer es buscar aquí en Guadalajara á la madre de Margarita.

—¡Oh, señor! exclamó esta juntando las manos en señal de reconocimiento, ¡qué generoso corazón es el de vuesaencia! ¿Con qué podrá pagarle esta pobre huérfana tantos beneficios?

Cruz se ruborizó, y luego dijo creyendo quedar bien con la joven:

—Y en cuanto á lo segundo, esto es á lo que debe-

mos hoy ver como segundo, que es el establecimiento, desde hace mas de media hora que estoy observando á cierto bigardon que no le quita á usted los ojos de encima.....

Anselmo se puso como unas granas, mientras que por el contrario Margarita palideció de una manera horrible. Todos los demas, unos se rieron de la sorpresa recibida por el joven Mercado y otros, como el papá, se encogieron de hombros, como quien dice: "Ellos y Dios dirán."

—En cuanto á eso, dijo al fin Doña Catarina, á quien le hormigueaba la lengua de ganas de hablar, el pobre de Anselmo no adelanta gran cosa desde que se sabe que hay un cierto Rafael que desde antes cautivó á la niña.

—¡Ah! es verdad, agregó Cruz con despiadada sorna, hay un mozo en la carta á quien no podemos guardar consideración alguna porque es insurgente.

—Señor, dijo Margarita con resolución, nosotros, es decir, Rafael y yo, hemos estimado las cartas del señor cura Hidalgo, que tuvo autoridad de padre sobre nosotros, como su testamento y.....

—Ese testamento es nulo, dijo Cruz, porque se hizo sin testigos.

—A nosotros nos consta que fué su última disposición.

—Joven Anselmo, dijo Cruz al fin levantándose, haga usted sus preparativos para el matrimonio, pues yo soy el que mando ahora y así lo dispongo.

Quisieron hablar protestando ó haciendo observaciones pero Cruz inflexible se llevó un dedo á los labios y repitió con voz solemne:

—Silencio, yo soy el que mando aquí y así lo dispongo.

Margarita al salir Cruz cayó desmayada en los brazos de Leonora.

CAPITULO XXII

LOS VIVERES.

El sitio que se puso á Cuautla en la segunda vez fué tan bien ordenado, que los insurgentes casi no veían enemigo sobre el cual dirigir los fuegos de su artillería para entorpecer los trabajos de aproximación, pues Calleja había dispuesto que las obras mas importantes, se hicieran por la noche, de modo que cuando amanecía aparecían ya los españoles cubiertos con una cortina de piedras y costales rellenos de tierra, los cuales acercaban por las barrancas, caminos cubiertos y demás sinuosidades del terreno, que les favorecían admirablemente. De este modo Calleja pudo establecer el cerco con muy pocas pérdidas en su gente, siendo por entonoos el mayor número de combates por la noche, que era cuando salían los independientes á estorbar los trabajos de los realis-